

*Niño de lluvia y Otros relatos*, por BENJAMÍN SUBERCASEAUX.  
Ercilla

No es un niño el que recuerda Benjamín Subercaseaux, en este *Niño de lluvia*, diverso a los violentos y apasionados niños de sol, simples en su comportamiento. Es un adulto quien tutela al niño, con la lucidez y la experiencia que exhibe y pretende corregir los absurdos de una educación de ánimo previsor, pero, en sus grandes líneas, irracional. Pensamos, al decir esto, que no existen experiencias de primera mano en este *Niño de lluvia*, ni siquiera el atisbo de una inteligencia natural, aguda, sorprendente. Estamos lejos del *Demian* de Hermann Hesse, que conduce a su niño desde lo aparentemente más simple, a las simas más hondas y a las complejidades del pensamiento. También vamos por otro lado de Alain Fournier y su busca, en *El gran Meaulnes*, del alma huidiza de un adolescente, porque Daniel, el niño de Subercaseaux, se convierte en un adolescente que rinde su bachillerato, que cumple dichoso con su servicio militar y hasta intenta estudiar Medicina. A pesar de que siempre deseó ser marino, como su abuelo, pero la familia, añeja tribu de alta burguesía, le dijo que "no", en virtud de que la Armada era una carrera para "siúuticos", como no se podía ser médico, a causa de que en la Escuela de Medicina se producían horribles escándalos. Y el niño, rebelde en otras zonas de su vida, se sometió dócilmente.

Esta novela breve, a nuestro gusto, lo más directo y logrado, en un plano puramente artístico de Benjamín Subercaseaux, es por encima de todo una acusación al medio familiar prejuicioso, siempre con miedo de ser contemplado o reparado, de un niño rico, con rizos en su cabellera y blusa de encajes. También persiste, de la primera a la última página, siempre latente, la acusación a la madre ególatra, fría y cruel para el niño que se siente como un vago y con frecuencia odioso apéndice de ella misma.

La lucidez experimentada del adulto va escarmenando y señalando los baches de una educación refinada y bárbara, como es, si no se trata de una utópica familia de filósofos prácticos, la formación de todos los seres humanos que pueblan el mundo. El niño de lluvia así formado tiene un sentido estético, limpio, de la vida y las huellas de su soledad interior, se advierten en el cariño con que observa su propio cuerpo, el ansia de desnudarse y correr acariciado por las espigas, el afecto al pueblo brutal y pintoresco, en vez de encaminarse a los primos y primas engolados y el detallismo sádico para cumplir su "imaginaria" en el cuartel, repercusión indudable de la fría ordenación materna.

Pero hace pensar bastante este *Niño de lluvia* de Benjamín Subercaseaux, recién aparecido en una nueva edición con sello "Ercilla", acompañado de otros relatos: *Y al Oeste limita con el Mar*; *El buho verde*; *Capitán Piojo*; *Mar amargo* y *El libro de las tapas azules*. Desde luego, en el trasplante de una educación victoriana, sin Reina Victoria y sin Inglaterra, a nuestro Chile una educación de rigor y encubrimiento moral, cuya materia humana, como

el gas comprimido, habría de reventar por algún intersticio. La clase alta, la clase media y hasta la subclase media chilena están impregnadas de este sentido terco y formalmente puritano de la vida, que implicaba el ocultamiento de toda fealdad física, el rechazo de las insuficiencias sociales y en lo externo, un barómetro de mercurio colgado en la pared, para medir las calmas y tormentas de nuestra atmósfera.

El *Niño de lluvia* de Benjamín Subercaseaux es la resultante de esta atildada concepción de la vida que en su proyección favorable ha determinado la gestación de los clásicos chilenos, capaces de quitarse la vida, antes de afrontar una estafa, con una imagen belicosa del valor heroico, del deber, de la amistad. De estos escombros de formación social provienen los terribles fiscales y auditores chilenos, dispuestos a proyectar luz y a poner atajo a los apetitos y componendas propios de un país de amigos y de compadres, como es el nuestro.

El tutelaje de su "niño de lluvia" por el autor, así como una nodriza que contemplara a su criatura, a una imagen distante y próxima a sí misma que ama mucho, se despeña a veces en la pura lucubración racional, propia del ensayista, pero en otros casos, logra la impresión artística, emocionadamente, con recursos puramente internos. Así pueden calificarse esa estampa de don Ruperto, un cura santo del barrio Recoleta y la escena maestra en que el niño va con su abuelo, altivo señor chileno, a comprar una bicicleta a la tienda Gath y Chavez y no le aceptan al abuelo un cheque, diciéndole que desconocen su firma. Algo tan monstruoso que acarrea en seguida las explicaciones del gerente de la casa comercial. Asimismo son muy vivos los retratos de la abuela paterna, con su acento inglés, modelado en la finura, en la piedad y también en el olvido desdeñoso y el de la tía romántica, lectora solitaria e infatigable de Alfred de Musset.

En resumen, *Niño de lluvia* es un libro que permite conocer mejor a Benjamín Subercaseaux, sentirlo actuar en la posibilidad de un registro más amplio, sin énfasis ni excentricidades polémicas, en la bondad humana más simple, siempre en busca de la armonía y la belleza. Un libro en que el autor y su personaje resultan como espectadores de repente fríos y monstruosos, del acompasado y avasallador curso de la existencia.

*Ulises.*

*La vida adulta*, novela de LUIS MERINO REYES.

Nascimento

En esta obra nos encontramos con un tema de gran auge y actualidad. Nos referimos a la etapa psicológica del hombre pasados los cuarenta o cincuenta años de edad. Hasta aquí la preocupación ha estado centrada en la infancia y en la adolescencia. Trascendentales, sin duda. Pero ¿qué sabemos de ese ser que ha traspasado estas dos etapas, sin darse cuenta, atareado en